

doce
y no llegaron a transformarse sus arrugas
en tersos orificios para seguir viviendo
en esta cueva de pecado y de mentiras honestas
no piadosas
que se dejan caer con el crepúsculo
para alimento de niños y poetas
que no quieran jugar al còrro de la guerra
(no comeremos panes ni ensalada)
de los catecismos
ni otras fiestas bélicas que nos tengan atados
a las maromas del campo de batalla donde cada do-
mingo
y fiesta de guardar
se añade un signo más a esta quiniela en que vi-
vimos
y que nunca nos llega en forma de talón
de Aquiles tente en pie
que también lo dejaron cojo en otra guerra
que quisieron rodar en esos tiempos que no existía la
decencia
ni la televisión
que nos vá comiendo la palabra como una lepra nueva
que no atiende el seguro
de desempleo de amor que brota en estos días
de secanos bostezos con los que Don Consuelo
se acuesta y se levanta
se acuesta y se levanta
se acuesta y se levanta
se acuesta y se levanta como un seguro péndulo
que agita Pedro Perro cada vez más a su manera
mientras que llega el día de disolver el cianuro en el
café
con mala leche y madalenas del que era portadora
Caperucita
cuando quiso provocar al lobo en paro de los bosques
que no dejan de arder
para gastar al mundo
y poder llevarlo con nosotros al panteón familiar
que ya seremos todos
sin discriminación de sangre ni de agua
que no queda ni gota
para beber beber y olvidar
las penas del amor que no sé
dónde está desde que fue a esconderse en el refugio
nuclear
de las naciones revueltas
con ajo y con cebolla



para poner la guinda al postre de la historia sa-
grada de los pueblos
escritos sobre el viento
con letras mayúsculas de sangre
y con negrita
que yo no sé si está justificado
que los hombres se sienten a esperar la muerte
detrás de los refugios nucleares
o delante
o simplemente
se sienten
a esperar.

Arrastra un beso y con él las manos
y la frente herida
a través del tunel que nunca tendrá fin
sino en el beso.

Y Dios les pone coronas de ilusión cuando acaba por
rescatarlos
del vacío que nunca existirá
y los llena de atmósfera después
de fuerzas de gravedad sobre la espalda castigada
y le dá dos manos libres para empuñar espadas o azu-
cenas
mentiras o esperanzas
según vengan los tiempos.
Yo ya no tengo ojos para ver
por dónde va el camino...
Pero me quedan palomas que soltar en cada rosa
me quedan caricias que plantar en cada mano
y en cada boca luz para el oído que truena
para el pedazo de carne fatigada que amenaza con
quedarse muda
en medio de esta tarde
sin posibles besos ni retorno.

Don Consuelo Ranuras de los Dioses se fue a sentar
junto

al rebaño
al borde del río de la risa
para dormir los ojos del dolor parduzco de las sienas.
Se ha quedado la lámpara en silencio
sobre el papel puesto a secar de la miseria

Y nunca se encendió
porque la lámpara no tiene manos
ni voluntad ni sueños
tan solo tiene luz cuando la encienden y vuelven a
empezar
porque este cuento nunca acaba.

Angel G. de la Aleja